



Monika Zgustova
Las rosas de Stalin



MONIKA ZGUSTOVA

Las rosas de Stalin

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero 2016

© Monika Zgustova, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B. 2544-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-39-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PRÓLOGO

La dama de la cáscara de nuez

Después de la puesta de sol, anochece deprisa. Pronto llegará el otoño. Una anciana camina por la hierba hacia el lago. Se sienta en un banco y saca algo del bolsillo. Enciende una pequeña vela y la fija con unas gotas de cera en el fondo de una cáscara de nuez. Se descalza, deja los zapatos sobre el banco. Toma entre los dedos, con cuidado, la cáscara con la vela encendida y sus pies desnudos pisan el fondo arenoso del lago. El agua le llega a las rodillas. Se ha mojado el borde de la falda, pero no le importa. Posa la nuez con la vela en la superficie del agua y la suelta: la nuez iluminada baila sobre las olas. La dama la contempla y recuerda.

PRIMERA PARTE

Moscú, Sochi (1963-1966)

En el comedor del hospital, una mañana se dio cuenta de que en la mesa de al lado habían destinado a un extranjero. Era un hombre entrecano, italiano o quizá judío europeo, de unos cincuenta años, en cualquier caso mucho mayor que ella y sobre todo mucho más vivo y alegre que la mayoría de los pacientes rusos, ella incluida. A partir de entonces, lo observaba de reojo durante las comidas y las cenas: le resultaba atractivo, pero no era capaz de determinar en qué residía exactamente su encanto. La mayoría de mujeres estarían de acuerdo con ella en que solo el atractivo que no se puede describir fácilmente es el verdadero.

Como ella prácticamente no comía nada, lo examinaba durante largo rato. No podía tragar y apenas hablaba: le habían extirpado las amígdalas. La operación, generalmente sin importancia, se complicó, la convalecencia se prolongaba y le dolía horriblemente la garganta. Había adelgazado, toda su pequeña figura parecía haberse alargado. Era lo único bueno que tenía su estancia en el hospital: tras haber tenido dos hijos había tendido a engordar. Lo peor eran esas largas horas que pasaba en la cama y en esas sillas colocadas en los pasillos por donde paseaban los enfermos con sus pijamas a rayas. «Como presidiarios», pensaba.

Evitaba a los demás y ocupaba el tiempo leyendo. Últimamente estaba estudiando historia y literatura indias. Había traído la biografía de Mahatma Gandhi, cuya personalidad y trabajo admiraba desde siempre, sobre todo sus ideas

sobre la necesidad de la igualdad social y su método de resistencia pasiva; *Gitanjali* y los cuentos de Rabindranath Tagore. Había muchos aspectos culturales de la vida india que no entendía: ¿cómo podía alguien aceptar tan tranquilamente la idea de la muerte, fuera la propia o la de los seres queridos? ¿De dónde sacaba uno esa paz con la que recibía las tragedias de la vida sin quejarse?

En este hospital para extranjeros y para la elite rusa —actores famosos y otras celebridades aceptadas por el gobierno soviético, pero sobre todo altos cargos del Partido y sus familias—, había oído a su vecino canoso del comedor hablar inglés y francés, no sabía ruso; y se fijó en que tanto en la mesa como conversando con los demás pacientes extranjeros tenía distinguidas maneras europeas. ¿Quién era? ¿Cómo había llegado precisamente al hospital de Kuznetsovo, en las afueras de Moscú? Era cierto que, en la época de Jrushchov, en toda Rusia había más extranjeros y que les estaba permitido establecer y mantener el contacto con los rusos.

Un día, después del desayuno, oyó a un holandés hablar con él en alemán en el pasillo. Observó a ambos hombres y el del pelo entrecano se debió de dar cuenta porque miró en su dirección, pero sus ojos no se detuvieron en ella ni un instante; no la vio, como si fuera transparente. A ella no la sorprendió: estaba pálida, tenía el rostro desencajado por el dolor y su cuerpo estaba deformado por el pijama y la bata del hospital; su espesa melena rojiza, de ondulado natural, estaba enmarañada tras largas horas de cama. No, no había nada que mirar. Svetlana se revolvió el pelo y escuchó la conversación en alemán: leía y hablaba alemán desde que tenía cuatro años —su madre había insistido en que debía tener una niñera alemana—. Los dos hombres ya se estaban alejando, pero aún pudo oír que el holandés le decía a su acompañante:

—En nuestro país no es costumbre tener una vida familiar tan intensa como en el suyo, en la India.

Se quedó atónita, incluso se atragantó. No se lo esperaba: ella estudiaba literatura, historia y filosofía hindú y su vecino de mesa resultaba que era indio.

2

Se armó de valor. Le diría: «Disculpe, dígame, ¿qué piensa de Gandhi? ¿Y de su biografía? ¿Conoce a su autor?». Varias veces había estado a punto de empezar. Se había preparado las preguntas en inglés, pero cada vez que tenía la oportunidad de hacérselas a su vecino, bien en ese momento le parecían ridículas e inocentes, o bien precisamente uno de los extranjeros del lugar se había acercado al indio y se había puesto a conversar con él.

El indio tenía unos ojos en forma de almendras, que en la poesía sánscrita se llaman «ojos de loto» (Svetlana esbozó una sonrisa al imaginarse dos lotos que brotaban de los ojos), una nariz aguileña, un rostro delicadamente bronceado. «No estaré construyendo otra vez castillos en el aire?» Porque Svetlana, de treinta y cuatro años, conocía bien su tendencia a embellecer lo desconocido. Una vez revelado el secreto, la persona se desmontaba. Pero por ahora el indio le resultaba desconocido y Svetlana lo pintaba a su gusto como si se tratara de una figura de un libro para colorear: los ojos con un lápiz negro añadiendo un poco de amarillo para que parecieran apasionados, el marrón mezclado con el rosa para los labios, luego estiraría la piel en las mejillas... ¡Eso es!

En una ocasión, el indio iba por el pasillo hacia ella; entonces se vio con ánimos y estuvo a punto de hablarle; él, sin embargo, se hizo a un lado y con una sonrisa cortés la dejó pasar. Y ella no dijo nada. Pero una vez, durante el almuerzo, él le pidió la sal y la pimienta, y mientras ella se los acercaba le preguntó a qué colectivo pertenecía.

–¿A qué se refiere con «a qué colectivo»? –no entendía.

–Es que aquí cada ruso pertenece a algún colectivo. Nadie está aquí por su cuenta, sino como miembro de una organización –sonrió sutilmente, con una modesta dosis de sarcasmo.

–Estoy aquí sola, por mi cuenta.

–¿En serio que no pertenece a ningún colectivo? En este hospital todavía no había encontrado a ningún ruso que fuera por libre... Incluso en Moscú es raro.

–Mi colectivo son mis dos hijos adolescentes. Y quizá mis conocidos y mis amigos, aunque tal vez ni siquiera ellos. Soy una solitaria.

Él se sintió visiblemente aliviado.

«Por fin una persona normal», se dijo a sí mismo.

Con coraje, ella le hizo las preguntas que tenía preparadas. El indio la invitó a un paseo; por el pasillo del hospital, por supuesto.

–Me llamo Brayesh Singh.

–Svetlana Allilúyeva, mucho gusto –le dio la mano.

Él se fijó en que la mirada de su recién conocida era de un gris verdoso; una mirada algo turbulenta, como el agua del Ganges en la temporada del monzón, cuando se mezcla con barro; y se lo dijo. Ella proyectó en el rostro de Brayesh Singh la sabiduría y la amabilidad de los escritores indios que estaba leyendo. Pero sabía que si le decía lo que estaba pensando parecería una ingenua o exagerada y, por tanto, se lo calló.

Caminaron juntos por el pasillo. Svetlana le confesó que desde hacía mucho apreciaba a Mahatma Gandhi.

–¿Qué piensa de la biografía de Gandhi?

–¿De cuál? Se han escrito tantas.

–En Moscú han publicado la que escribió un tal Nambudripad.

–Ajá, Nambudripad –se encogió de hombros con desprecio–. Bueno, es uno de nuestros comunistas.

–¿Así que la biografía no es de fiar?

–El problema es que al autor le interesa más su propia ideología que la verdad sobre Mahatma.

Discutieron durante horas sobre la historia contemporánea de la India. Se sentaban en las pequeñas butacas del hospital, luego se ponían de nuevo de pie y caminaban. Se miraron en la puerta de cristal de la cocina, que brillaba como un espejo: Svetlana gargajeaba con un pañuelo en la boca, de tanto que le dolía la garganta; a Brayesh Singh le salía algodón de los oídos, porque hacía poco que lo habían operado de unos pólipos nasales. Se echaron a reír: Svetlana, según la costumbre soviética, aguantó la risa y habló en voz baja, mientras que Singh rio a mandíbula batiente e inmediatamente después empezó a conversar ruidosamente en inglés.

–Usted es joven, seguramente es su primera vez en un hospital.

–¿La primera vez? ¡En absoluto! Cuando era pequeña, siempre estaba enferma. A menudo cogía bronquitis, y una vez tuve un soplo en el corazón muy problemático. Además, era irascible, melancólica y me venían depresiones y estados de ansiedad. De hecho, sigo arrastrando todo eso. Tengo miedo a las habitaciones oscuras y la ansiedad me mata... No puedo estar en un cuarto con mucha gente.

–¿Y cómo empezó? ¿Algo de la infancia?

–Creo que sí –dijo en voz baja–. Mi padre solía humillarme sin venir a cuento delante de los demás niños: por ejemplo, en la fiesta de mi cumpleaños empezaba a gritar y a decir que yo no valía gran cosa y que no tenía nada que hacer en el mundo.

El hombre la miraba compasivamente y callaba. Svetlana dijo:

–Pero no soy la única. En nuestro país se cometieron tantas injusticias, sabe, que mucha gente sufre de lo mismo que yo.

–¿Cómo es la vida ahora en la Unión Soviética, tras la muerte de Stalin? –preguntó con vivo interés.

Svetlana pensó: «Está claro que no sabe quién soy. ¿Debo decírselo?».

Relató durante largo rato que el país ahora podía respirar un poco, pero que todavía no gozaba de toda la libertad que ella y la mayoría de la gente desearían. Habló con ganas, pero no acababa de sentirse cómoda. «¿He de decírselo? ¿Cómo reaccionará?», se preguntaba a sí misma una y otra vez.

Singh preguntó si en el país ya había dejado de correr la sangre:

–Ahora que Stalin ya no está –añadió.

–Stalin era mi padre.

No se asustó. Ni siquiera parecía sorprendido. Ni empezó a disculparse hipócritamente por su descortesía o su falta de tacto. Solo dijo, a la inglesa:

–Oh.

Y Svetlana le estuvo muy agradecida por ello.

La sombra de su padre se cernía sobre ella, siguiéndola, fuera adonde fuera. Por ello se repitió, agradecida, ese lacónico y ambiguo «oh».

3

Durante la cena quisieron sentarse juntos en una mesa, pero los encargados del comedor no se lo permitieron. Así que charlaron de una mesa a la otra y les dio absolutamente igual que muchos pacientes los miraran de soslayo.

Cuando Brayesh se dispuso a acompañar a Svetlana a su habitación, no pudo más y le preguntó:

–¿No le parece que los comensales en el comedor nos miraban hasta la impertinencia?

–Yo también me he dado cuenta. Pero solo los rusos. Los pacientes rusos y el personal.

–Pero ¿qué tenemos de extraño? –dijo estupefacto el indio.

–En la Unión Soviética hay una ley no escrita según la cual los rusos deben evitar a los extranjeros.

–¿Acaso somos la peste?

–Durante décadas a los rusos nos han metido en la cabeza que extranjero equivale a espía. Eso caló en la gente. Y quien trata con un extranjero debe ser un espía él mismo; así lo entiende la mayoría de los rusos.

Brayesh se quedó atónito durante largo rato.

Luego le propuso sentarse en las butacas del pasillo. Al agacharse, se le cayó del bolsillo del pijama una hoja de papel escrita.

–Hoy he recibido una carta de mi hermano –dijo como explicación. Svetlana vio que la carta estaba escrita en un alfabeto que desconocía.

–¿Es hindi?

–Sí, se escribe en devanagari.

–¿Y cómo se llama su hermano?

–Suresh. De apellido Singh, como yo. ¿Y usted, tiene hermanos?

Svetlana no pudo evitar una sonrisa: constantemente se preguntaban el uno al otro por asuntos sin importancia, pero con auténtico interés.

–Tengo, mejor dicho tuve, dos hermanos. Yákov, el mayor, murió en la Segunda Guerra Mundial. Cayó prisionero. Cuando los alemanes se dieron cuenta de quién era, ofrecieron a mi padre intercambiar a su hijo por un alto oficial militar alemán que había caído prisionero cerca de Stalingrado.

Svetlana se quedó en silencio, reflexionando.

–Y su padre se negó.

–¿Cómo lo sabe?

–Es lógico. Es decir, para él, para su padre. Un hombre y político, orgulloso de su fortaleza, no puede mostrar debilidad frente a toda la nación. Además, seguramente ningún político debería aprovechar su posición para hacer una excepción, para recuperar a su hijo de los alemanes, mientras

otros millones de rusos siguen prisioneros. Aunque es verdad que desde un punto de vista humano es una decisión muy cruel, no lo niego.

—Precisamente eso es lo que jamás pude perdonarle.

—Es natural, era su hermano. Usted lo ve como padre, no como político. Para usted es algo drástico, así que cree que su padre es culpable de la muerte de su hermano, no los nazis. Y disculpe que hable así de su familia, no quiero parecer indiscreto.

—Gracias —dijo casi en un susurro, con emoción.

—Tal vez sea algo precipitado que le pregunte eso, pero ¿y su hermano menor? —preguntó él, también en voz baja.

—¿Vasili? Murió el año pasado de manera misteriosa. Debería hacer exhumar sus restos para que averigüen científicamente la causa de su muerte, que a todos los miembros de la familia nos resulta sospechosa. Pero ahora no es el momento.

—¿Lo quería?

—Sí, a Vasili también lo quería. Mucho.

—¿Y en cuanto a la muerte misteriosa...?

Svetlana bajó aún más el volumen de su voz y se acercó al indio.

—Las paredes tienen oídos. Sabe, mi hermano era un general de éxito. Tras la muerte de mi padre, en 1953, o sea hace diez años, afirmó que a Stalin lo había matado el Politburó. Así que lo destituyeron y lo encarcelaron. Luego, Jrushchov le concedió la amnistía, pero fue como salir de la sartén para caer en el fuego: en lugar de a casa, lo enviaron a un sanatorio psiquiátrico en Kazán. Hicieron que lo acompañara una enfermera, Masha, que tenía que ocuparse de él. Se trataba de una agente a sueldo del KGB. Lo sedujo y se casó con él, aunque Vasili estaba ya casado y no se había divorciado. Es lo que solía hacer el KGB cuando convenía.

—¿En serio? Parece increíble que el KGB lo planeara así.

—¿No conoce el caso del compositor Prokófiev y de su mujer? ¿No? Pues lo dejaremos para otra ocasión. Ningún

médico podía acercarse a Vasili, solo se «ocupaba» de él esa tal Masha del KGB. Evidentemente, le proporcionaba alcohol y drogas, quizás incluso veneno, y progresivamente, a petición del KGB, lo borró de la faz de la tierra: el 19 de marzo de 1962 Vasili murió en circunstancias misteriosas. No se realizó ningún análisis médico ni se redactó informe alguno. Y nosotros, su familia, ignoramos de qué murió mi hermano. Se cuentan muchas cosas acerca de su muerte, muchas historias improbables, pero no conocemos la verdad. Masha aprovechó el derecho de esposa legítima y enterró a mi hermano rápidamente y de manera secreta en Kazán, aunque le correspondía ser enterrado en el cementerio de Novodévichi, en la tumba de mi madre.

En voz baja, con un tono que transmitía compasión por el dolor ajeno y tal vez porque entreoyó un temblor apenas perceptible en la voz de su interlocutora al pronunciar las palabras sobre la tumba de su madre, el indio dijo:

—Es una verdadera tragedia. Lo siento mucho. Si no la incomoda, cuénteme si es verdad que Stalin no murió de muerte natural.

—Sucedió así: en enero-febrero de 1953, unos dos o tres meses antes de su muerte, mi padre hizo encarcelar a sus colaboradores más cercanos: al general de la seguridad Vlasik y a su secretario personal Poskrébyshév, llamado el perro de Stalin. Su médico personal, el académico Vinográdov, ya estaba en la cárcel, y aparte de él Stalin no permitía que se le acercara ningún otro médico. Por eso, cuando la tarde del 1 de marzo de 1953, el personal de la dacha de Kúntsevo encontró a mi padre inconsciente, nadie se atrevió a llamar a un médico.

—Qué raro.

—Mucho. Pero escuche esto. Luego todo el gobierno se desplazó a la dacha. La que entonces era su camarera, Motta Butuzova, fue quien dio con el diagnóstico: había tenido una apoplejía. El personal y la seguridad de Stalin anunciaron que era necesario llamar inmediatamente al médico.

Pero los miembros del gobierno que se encontraban ante el cuerpo exánime de Stalin declararon: «Es mejor que cunda el pánico». Beria aseguró que a Stalin no le había pasado nada, que solo estaba durmiendo.

–Perdone si la interrumpo y disculpe mi ignorancia: Beria era ministro de Interior, ¿verdad?

–Sí, y por ello también director del KGB.

–Continúe, por favor...

–Entonces, el gobierno se permitió algo inadmisibile desde el punto de vista médico: los propios ministros trasladaron al enfermo a la habitación contigua, allí lo desvistieron y lo metieron en la cama. Aún sin médicos. Sé que es impropcedente mover a los enfermos, sin embargo lo hicieron. No fue hasta el día siguiente, el 2 de marzo, cuando vinieron varios miembros de la Academia de Medicina. Buscaron el historial médico de Stalin para saber cómo tratarlo, pero no lo encontraron: estaba cerrado a cal y canto en la caja fuerte del Kremlin, donde lo había guardado el doctor Vinográdov por orden de mi padre. Pero Vinográdov estaba en la cárcel... Cuando la noche del 5 de marzo murió mi padre y se lo llevaron para luego exponerlo de cuerpo presente, Beria ordenó la evacuación total de la villa de Stalin en Kúntsevo...

»En la evacuación de la dacha de Kúntsevo, Beria ordenó que se quitaran todos los muebles, que se despidiera a toda la gente de servicio y que se sellaran las habitaciones. El personal y los demás, que estábamos presentes durante la muerte de mi padre, recibimos una orden amenazadora: «¡silencio!». Como si la dacha no hubiera existido jamás. El anuncio oficial del gobierno presentó una mentira a la nación: «Stalin murió en su piso del Kremlin». La administradora de la dacha de Kúntsevo me lo contó todo hace poco. Había muchas cosas que yo ignoraba. Mi hermano Vasili sabía más que yo de esto, y el día de la muerte de mi padre parece que se reunió con un grupo de periodistas extranjeros para informarlos de cómo el gobierno dirigido por Beria había ayudado a morir a Stalin. A Vasili se lo llevaron y lo

encarcelaron. Luego lo ayudaron a morir también a él, tal como le acabo de contar.

—¿Cómo fue la muerte de su padre?

—Difícil. Terrible. Se ahogaba y buscaba aire. No se puede describir. Y no le aliviaron esa muerte ni con inyecciones ni con pastillas. Y sabe qué pienso... —dijo casi inaudiblemente—, la intuición me dice que Beria mandó envenenar a mi padre. Que era un complot contra él.

—¿Por qué?

—En aquella época mi padre había hecho venir a un joven de provincias y creo que todos estaban convencidos de que ese chico sería el que lo reemplazaría en el puesto del presidente del Sóviet Supremo. Y claro, Beria ansiaba ese puesto.

—¿Usted también lo creía?

—Sí —dijo Svetlana bajito.

Entró una trabajadora de la limpieza con un cubo y una escoba envuelta en un trapo mojado y se puso a fregar el suelo. Estaba musitando la canción *Qué grande es mi patria*. La pareja se quedó en silencio.

—Una muerte difícil, terrible: eso es lo que pensaba —dijo el indio bajito, más bien para sí mismo.

Se quedaron otra vez en silencio. Al salir la limpiadora, Svetlana no se aguantó y preguntó:

—¿Por qué lo pensaba?

El indio se mostró intranquilo unos momentos, no quería contestar, pero Svetlana insistió.

—Discúlpeme por la absoluta falta de tacto con la que he soltado ese comentario: ¡se trata de su padre! Lo he dicho porque los hinduistas creemos que la muerte de un buen hombre es fácil; su alma abandona el cuerpo sin encontrar barreras.

—Sí, entiendo. No, no se disculpe, por favor, ¡no me ha ofendido de ningún modo! La fe hinduista tiene razón: mi padre estaba lejos de ser un buen hombre. Aunque debo admitir que conmigo fue amable, pero solo cuando era pequeña y ya entonces no era siempre así. Aún hoy, diez años

después de su muerte, en Rusia lo odian con toda el alma decenas de millones de personas. ¡Envió a la prisión y a la muerte incluso a miembros de nuestro círculo familiar más íntimo! Así que ya ve que no tiene por qué disculparse.

–Y... ¿Usted? ¿Cómo...? –No acabó la frase.

–Bueno, para mí es duro, no lo niego. Era mi padre, a veces se mostraba hasta tierno y cariñoso conmigo: me llamaba pequeño rruiseñor, gorrioncito, me regalaba rosas. Después de la muerte de su esposa, o sea de mi madre, yo era la única a quien quería. Y la única que seguía a su lado. Aunque cada vez lo evitaba más, porque en su presencia me sentía angustiada.

Durante unos momentos se quedaron en silencio. Luego fueron hacia la habitación de ella.

4

Se detuvieron ante la puerta. Ninguno sabía qué decir.

–Svetlana...

–¿Sí?

–Nada, solo...

Dejaba pasar los minutos, como si no pudiera decidirse. Por el pasillo volvían los pacientes rusos de la cena y los miraban con indignación y hasta desprecio.

Los extranjeros saludaban a Brayesh y con la cabeza, amistosamente, también a ella.

Ambos de nuevo callaron. «¿Nos volveremos a ver?», se preguntaba Svetlana.

–Bueno, que descansa –Por fin Svetlana acabó con el silencio que la abrumaba. Pero siguió quieta en el pasillo. Al igual que él. Luego dio un paso hacia atrás, en dirección a su cuarto. Él seguía en su sitio y de vez en cuando saludaba a alguien. Cuando Svetlana ya estaba en el umbral de la puerta de su habitación, Brayesh dijo:

–Mañana salgo de excursión. ¿Vendrá conmigo?

Ella suspiró aliviada. En ese momento se dio cuenta de la necesidad que sentía de volver a ver a ese hombre tranquilo y risueño, mayor que ella, pero atractivo y amistoso. Se rio a pequeñas carcajadas felices.

–¿De excursión? –preguntó, con los ojos desorbitados–. ¿Adónde?

–Por los pasillos. Nos deleitaremos con el paisaje: desde cada ventana hay una vista diferente del paisaje yermo y gris, preparado para las nevadas, donde se posan los cuervos, caen las últimas hojas marrones y de vez en cuando algún copo de las primeras nieves. Y quizá vayamos incluso a la cocina donde la invitaré a un banquete, como si fuera la terraza de un restaurante.

Acordaron que al día siguiente después de comer saldrían de excursión para contemplar el paisaje de octubre. Se desearon las buenas noches.

5

Pero al día siguiente Brayesh Singh no apareció a la hora del desayuno ni del almuerzo. Tampoco se presentó para cenar. Svetlana no lo vio en el pasillo.

–El señor Singh ha sido trasladado a otro hospital –la informaron en la oficina, cuando al día siguiente preguntó por el paciente indio.

El hospital le parecía oscuro ahora que el paciente indio no le hacía compañía; sin embargo, Svetlana iba curándose deprisa. Unos días más tarde volvió a casa, asistía a las competiciones de gimnasia rítmica en las que participaba su hija Katia y seguía los progresos de su hijo Yósif, estudiante de medicina. Iba al cine, descubrió a un joven cineasta checo, Miloš Forman. Leía el *Bhagavad-gita* una y otra vez porque no acababa de entender bien las ideas que contenía ese poe-

ma filosófico. En su amplia casa con vistas al Moscova recibía a viejos amigos, conocía a personas nuevas. Pero nunca la abandonaba una vaga sensación de vacío.

6

Allí había rosas, jazmines y malvaviscos en flor, los pájaros y los grillos cantaban, mientras que en Moscú había nevado y en las calles se formaba una mezcla de barro y nieve. En noviembre, un mes después de que le dieran el alta en el hospital moscovita, los médicos enviaron a Svetlana a un balneario de Sochi en el mar Negro para que se recuperara gracias al cálido aire y al sol meridional.

En el comedor le designaron un lugar en una larga mesa entre rusos. La mesa de los extranjeros estaba situada junto a la pared, en una esquina. Con solo mirar a los comensales, quedaba claro que se encontraba en un balneario para la elite del Partido: a su alrededor únicamente veía las aburridas caras de funcionarios comunistas.

Al salir, después de comer, Svetlana repasó el feo edificio construido al estilo del realismo socialista, con un rótulo sobre la entrada principal: Casa de Reposo. Svetlana se sentó en un banco. Entonces alguien se le acercó por detrás y le puso las manos en los ojos, aullando con la voz deformada, en inglés:

—¿Quién soy?

—Katia —dijo Svetlana, de forma completamente ilógica, porque la voz no era de mujer y Katia, su hija de catorce años, de la que se había despedido por la mañana en Moscú, no podía estar en Sochi.

Las manos del desconocido se despegaron de sus ojos y Svetlana vio como le sonreía la cara bronceada y saludable de Brayesh Singh.

Svetlana estaba consternada. ¿Cómo era posible? ¡Menuda casualidad! Sin embargo, si hubiera reflexionado un

poco más, se habría dado cuenta de que el hospital de Kuznetsovo, a las afueras de Moscú, donde estaba ingresado Brayesh, enviaba a sus pacientes a reposar a su centro de recuperación del sur de Rusia, es decir, que no se podía hablar de casualidad.

Inmediatamente salieron a pasear al mar, como si no hubieran estado semanas sin verse. Svetlana le hizo saber que la manera en que la había querido sorprender le había parecido demasiado íntima.

—Shveta, eso es porque tiene los ojos del color del Ganges. Antes estaba convencido que era el de la época de lluvias, pero ahora veo que no, es el río en un día soleado. Y el Ganges pasa por la ciudad donde yo nací, así que usted me recuerda a mi casa.

Svetlana pensó que un europeo difícilmente habría dicho algo parecido, lo habría considerado demasiado exagerado, sentimental y hasta un poco cursi.

—¿Cómo se llama su ciudad?

—Kalakankar —aclaró radiante.

—¿Y qué es eso de Shveta? Yo me llamo Svetlana. Aunque mis amigos más íntimos me llaman Sveta.

—En sánscrito *shveta* significa clara, pura, luminosa. Y es más corto. Así que la he bautizado como Shveta, un hermoso nombre hindú. Su nombre ruso se deriva del sánscrito. Así la llamaba para mis adentros mientras estuvo alejada.

Ella no pudo evitar reírse del «mientras estuvo alejada».

—En ruso Svetlana proviene de la palabra *svet*, que significa luz.

Brayesh le explicó que muchas palabras de las lenguas indoeuropeas venían del sánscrito: el ruso *tri*, el inglés *three* y el italiano *tre*, eran otro ejemplo. Pero este debate lingüístico pronto dejó de interesarla, al menos de momento.

—Le enseñaré el Arboretum, un jardín botánico precioso con una glorieta y muchos bancos, ¿quiere?

—¡De acuerdo! Pero ahora, antes que nada, nos sentaremos en la terraza de un café junto al mar.

Svetlana recordaba a Brayesh como un hombre mayor enfundado en pijamas y bata; en cambio ahora estaba bronceado y llevaba ropa elegante, informal: unos pantalones de color café con leche, una camisa blanca a estrechas rayas del mismo color y una chaqueta de ante. Lucía un aspecto saludable y juvenil. Svetlana pensó que en el hospital moscovita no se había fijado en los delicados rasgos de su cara y esa expresión calmada y noble, ni en su achocolatada piel que parecía irradiar luz. Eso sí, se acordaba de sus manos alargadas y menudas. Aunque no era muy alto, su figura fuerte y musculosa, en combinación con el resto, hacía que la mayoría de la gente que lo veía por primera vez pensara que se trataba de un hombre de apariencia y trato agradables. Y es que sus correctos modales, su cortesía y amabilidad hacían pensar en un diplomático en una recepción de gala. El indio la había saludado con bastante familiaridad porque la sentía cercana. Y concluyó que le daba la sensación de que los indios eran personas más cálidas que los nórdicos, tan calculadores, tan distantes.

Bebieron el café espeso y sabroso del sur y miraron al mar, sobre el que muy rápidamente cayó un sol naranja que derramó su color en las aguas y tiñó también los rostros del hombre y la mujer en la terraza de la cafetería.

—El sol tiene el color de la papaya.

—No sé cómo es una papaya. Así que para mí su color es el del albaricoque.

—Y ahora el cielo se ha vuelto como un grano de granada.

—Tampoco sé cómo es. Para mí es del color de un melocotón maduro.

—¡Ahora ya se pone! ¡Puede pedir un deseo! ¡Pídalo antes de que se ponga por completo!

—¿Y usted qué anhela?

—Si se lo dijera mi deseo no se cumpliría. Así que usted también guárdese el suyo.

Svetlana deseó que esta vez no se llevaran de la Casa de Reposo a ese simpático, alegre acompañante, a ese hombre

que conocía el mundo, al contrario que ella. Encadenó ese anhelo con el de que en aquel preciso momento se detuviera el tiempo. Luego quiso retirar ambos deseos, porque le parecían superficiales, y anheló que sus hijos estuvieran siempre igual de sanos y fueran tan buenos como hasta entonces. Y también deseó con fuerza que por fin dejara de perseguirla la sombra de su padre. Así que en realidad no sabía qué desear. Se lo dijo malhumorada a Brayesh, que se rio:

—Todos tenemos tantos deseos que no es nada fácil escoger el más importante.

Pidieron otro café y escucharon las cigarras, que tras la puesta del sol arrancaron un verdadero concierto. Se quedaron sentados, en silencio, hechizados, como si ya se lo hubieran dicho todo en su vida.

—¿A qué hora sirven el desayuno en la Casa de Reposo? Espero que no a las siete —preguntó Svetlana.

—A las nueve y media.

—¡Entonces no hay prisa para ir a dormir y podemos tomar algo más!

Pidieron un moscatel georgiano, y luego otra copa más. Cuando cerraron el café, lentamente pasaron hasta la Casa de Reposo, aunque no tenían ganas de irse a dormir.

7

Al día siguiente, durante la cena en la Casa de Reposo, se saludaron con guiños llenos de complicidad a través de la distancia que separaba sus mesas y, mientras duró la comida, se comunicaron con gestos. Los compañeros de mesa de Svetlana se mostraron indignados. Una mujer que le recordaba a un pavo le reprochó que el día anterior, después de la comida, ese extranjero se hubiera acercado a ella «de forma grosera», según las palabras de la mujer-pavo. Svetlana agitó la mano para quitarle importancia al asunto: ese gesto se lo había visto hacer a Brayesh. Era como si quisiera dejar

atrás todo lo desagradable para concentrarse en lo bueno y hermoso.

Después de cenar, Svetlana se sinceró a su amigo sobre el sermón de la mujer-pavo.

–*Ullu ka patta* –dijo Singh riendo para sí.

–¿Qué significa esto?

–Esta expresión se refiere a los tontos –explicó Brayesh–. *Ullu*, con doble ele, en hindi, es lechuga. Para nosotros, las lechugas no son sabias y clarividentes como lo son en la cultura occidental, sino todo lo contrario: son el símbolo de lo estúpido. *Patta* es su pequeño.

Luego se giró hacia el hombre que estaba sentado junto a él y se lo presentó:

–Somnath Lahiri, de Bengala, es político. Somnath, le presento a Svetlana Allilúyeva, traductora e historiadora de la literatura, de Moscú.

Lahiri le apretó la mano con fuerza y Svetlana pensó, que a juzgar por estos dos que tenía delante, todos los indios no hacían nada más que reír.

–¿Vamos al Arboretum? Ayer lo olvidamos –dijo Brayesh implorante, al despedirse de Somnath, y fingiendo sentirse culpable como un niño.

El sol ya se había puesto y anochecía, el jardín botánico estaba cerrado, pero pasaron a lo largo de su muro, luego se sentaron en un banco y observaron el cielo rojo sobre las palmeras del jardín. Llegó la oscuridad y el alboroto de los grillos y ya no hubo nada que mirar. Sin embargo, ninguno de ellos, cuyos hombros estaban pegados el uno al otro, tenía ganas de levantarse y hasta bien entrada la noche no se pusieron de pie.

De madrugada, Svetlana y los dos indios salieron de excursión por las colinas donde empezaba el Cáucaso. Volvieron de un humor excelente, risueños, y no tenían ganas de cenar en la Casa de Reposo. Se sentaron en un restaurante junto al mar, saborearon un pescado a la plancha y lo acompañaron con vino blanco. Luego pasaron junto al mar. Som-

nath, como político, preguntó a Svetlana muchos detalles sobre la vida en el Kremlin y comentó vivamente sus respuestas. Muy pronto, sin embargo, se despidió y Singh y Svetlana continuaron paseando hasta pasada la medianoche.

Al día siguiente por la mañana, Svetlana se llevó a los dos indios al mercado. Ambos se esforzaron por entablar conversación con la gente, especialmente con los vendedores de las paradas del mercado, Svetlana les hacía de intérprete. Compraron fruta y verdura, Brayesh iba de parada en parada buscando mangos, o por lo menos melocotones. Los vendedores se burlaron de él: «¿Melocotones frescos en noviembre? ¡Vaya broma!». Y le ofrecieron melocotón en almíbar. Casi saltaba de alegría después de lograr encontrar todas las especias que necesitaba en las paradas de los georgianos.

–Me gustaría preparar un mango lasi de postre en la pequeña cocina del apartamento –explicó.

–Yogur líquido con sabor a mango, una especialidad de la India, ¿sabe, Svetlana? –explicó Somnath.

–Mango... mango... –repetía Svetlana como si el nombre pronunciado en voz alta tuviera que revelarles el aspecto y el gusto de la fruta–. He veraneado muchas veces en Georgia –y en Sochi, cerca de la frontera con Georgia–, pero jamás he comido un mango aquí. No creo que lo encontremos. ¿A qué sabe?

–Tiene el sabor del sol. El mango es dulce con un regusto ácido, y de textura satinada como la seda.

–Ha descrito una naranja. O una pera no muy madura.

–De modo que compraremos naranjas y peras, manzanas y uvas –decidió Brayesh.

Más tarde, Brayesh, en su habitación, preparó una ensalada de verduras con fruta: en una fuente dispuso hojas de lechuga lavadas, secadas y cortadas y encima de ellas colocó trozos de melocotón. Aliñó la ensalada con unas gotas de aceite de oliva y zumo de limón, esparció encima de la fruta la piel del limón rayada, hojas de menta cortadas, y una mez-

cla de comino en polvo y de pimienta blanca, negra y roja. Para acompañar la ensalada sofrió en una sartén unos riñones de cordero con tomate y una mezcla de especias parecida a la que había usado en la ensalada. Somnath había traído dos botellas de vino tinto georgiano de Abjazia: el Lykhny. Y mientras Brayesh cocinaba, Somnath abrió una botella y le ofreció a Svetlana este vino ligero pero de gusto destacado. Svetlana explicó a los indios –con orgullo de georgiana– que la región vinícola de Georgia era la productora de caldos más antigua del mundo: databa de la era del Neolítico, o sea que tenía más de ocho mil años. Aunque Brayesh estaba plenamente entregado a su trabajo culinario, intervino en la conversación contando que, en la India, la viticultura databa desde la civilización del valle del Indo, o sea de la Edad de Bronce. «Algo más joven que la georgiana, es cierto –sonrió–. Y las órdenes de nuestro gobierno han interrumpido la tradición en más de una ocasión.»

Mientras tanto Svetlana observaba como Brayesh servía el plato en tostadas en las que esparcía hojas de cilantro. Mientras degustaban esas delicias, Svetlana recomendó a Brayesh que abriera en Moscú un restaurante indio, algo inaudito en la capital rusa. Ella trabajaría de camarera.

–Se le haría pesado estar siempre conmigo, Shveta.

–Los hombres ingeniosos con sentido del humor nunca me llegan a aburrir –le devolvió la pelota Svetlana, radiante. Y mientras Somnath abría la segunda botella, Brayesh le tocó la mano con una larga, lenta caricia.

La cena a tres resultó animada y divertida, y la alargaron tanto como pudieron. Después de haber bebido las dos botellas de vino, hasta muy entrada la noche saboreaban el fuerte café, cortado y azucarado, que Brayesh preparó a la manera india.

Cuando Somnath se despidió y se fue a su habitación a descansar, Brayesh y Svetlana se sentaron el uno junto a la otra en el balcón, abrazados, a contemplar la salida del sol. Nadie habló.

Varias horas más tarde, en un estado parecido a la fiebre, fueron a pasear por el Arboretum. El guardia del parque se fijó en que la mujer que ya por la mañana parecía cansada, se sentaba en los bancos y arrastraba al hombre a sentarse junto a ella; allí descansaba la cabeza sobre el hombro o el pecho del hombre. Luego se levantaban y se miraban largo rato a los ojos, cosa que el guardia encontraba ridícula.

8

Una noche, la vecina de Svetlana en la Casa de Reposo se dio cuenta de que Brayesh Singh, después de cenar, había llamado a la puerta de la habitación de Svetlana. Le había traído una fruta exótica, quizá granada, la vecina no habría podido jurarlo y, además, un plato que «olía como si le hubieran echado todas las especias del mundo, y las más salvajes». Pero sabía a ciencia cierta que esa noche el indio no había abandonado el cuarto y que, cuando salió a la mañana siguiente, tenía el pelo húmedo y lucía una amplia sonrisa.

Tras la comida, ambos indios invitaron a Svetlana a tomar un café a su mesa, pero inmediatamente se acercó la camarera y anunció que estaba prohibido, que los pacientes no podían sentarse a otra mesa que la que les tenían asignada. Y por la noche trasladaron la mesa de los extranjeros a otra sala y la cerraron con llave. Desde entonces, durante las comidas los indios y Svetlana no podían comunicarse con los ojos, las muecas y las sonrisas.

A pesar de que pasaba la mayor parte del tiempo con los dos indios, no podía dejar de ver que los demás huéspedes de la Casa de Reposo la miraban y que sin ninguna duda hablaban de ella. Jrushchov, que en esa época estaba en el poder, había echado del Partido Comunista a muchos *apparatchiks* de la época de Stalin y luego no sabía qué hacer con ellos, así que les había dejado sus sueldos y todas sus ventajas. Ahora no tenían ningún trabajo, pero podían se-

guir utilizando todas las instalaciones destinadas a la elite del Partido y pasaban en la Casa de Reposo unas vacaciones indefinidas. Y puesto que no hacían nada, ocupaban el tiempo observando a los demás, juzgándolos, criticándolos, condenándolos y quejándose de ellos a las autoridades. Ahora se volvían en contra de Svetlana.

El consejo de administración de la Casa de Reposo empezó a prestar oído a las quejas y a seguir con atención a ambos indios. Coordinaron para ellos una visita al principal arquitecto local; éste les presentó el plan veinteñal de construcción de la ciudad de Sochi y luego les ofreció una minuciosa charla sobre el tema. Cuando acabó, los indios le dieron las gracias y se rieron.

—¿De qué se ríen? No sabía que les había contado cosas tan graciosas —les preguntó algo irritado el arquitecto, mortalmente serio.

—Solo que dentro de veinte años ya ninguno de nosotros estará en este mundo —siguió riéndose Singh.

Al día siguiente se los llevaron lejos, a las colinas y las laderas donde empezaba el Cáucaso, para enseñarles las plantaciones de té. Los miembros del consejo de administración creían que les interesaría, porque toda Rusia bebía té traído de la India. Pero, ya en el coche, los dos indios reconocieron que ninguno de ellos había visto crecer el té, porque en su región de la India no se cultivaba. Primero les mostraron las plantaciones de té, luego los llevaron a una escuela cercana, donde unos pioneros les ataron alrededor del cuello el pañuelo rojo de las Juventudes Comunistas. Finalmente, cuando ambos ya estaban agotados, los honraron con una larga disertación sobre el cultivo del té. Lahiri pasó el viaje de vuelta durmiendo de tan cansado que estaba. No así Singh: en la plantación había arrancado una ramita de té en flor destinada a Svetlana; si se hubiera quedado dormido, no habría podido vigilar su regalo floral.

Cuando se vieron por la noche, colocaron la pequeña rama en un vaso con agua y, paulatinamente, las flores se

fueron recuperando. Brayesh le contó las aventuras vividas y ella se avergonzó de su país y sus burócratas. Él estuvo de acuerdo, pero despachó el asunto con su «*Ullu ka patta*» y su risa contagiosa; no era capaz de enfadarse. Una y otra vez, Svetlana se daba cuenta de lo equilibrado que era su amigo. Cuando no le gustaba algo, se reía. Estaba por encima de lo trivial. En su comportamiento había algo majestuoso. Svetlana se propuso intentar guardar esa calma y equilibrio. Tenía que apartar de sí las pequeñas molestias cotidianas, siempre que no fuera imprescindible ocuparse de ellas de inmediato. El desasosiego, la irritación y el miedo la habían acompañado fielmente toda la vida y no iba a ser fácil echarlos fuera de un escobazo.

Después de que Brayesh se hubo ido de su habitación, Svetlana se inclinó encima de las flores del té. Entonces entró la limpiadora para cambiar la toalla. Svetlana no le hizo ni caso y respiraba sobre los brotes para que florecieran más deprisa.

9

Al día siguiente, a Svetlana le asignaron una compañera de habitación. Ella prefería estar sola y fue a la dirección para protestar, pero no hubo nada que hacer. Así que pasaba la mayor parte de su tiempo en el cuarto de Brayesh. La administración de la Casa de Reposo no se atrevía a entrometerse en la vida de los extranjeros para evitar que se quejaran a sus embajadas.

Sin embargo, desde entonces comenzó para ella el infierno. Tan pronto se acomodaba en la habitación de Brayesh, alguien llamaba a la puerta: una camarera venía a limpiar el polvo a los muebles, otra traía fruta, luego agua fresca; luego, muy tarde, mientras ellos se hallaban encima de la cama desnudos, entró de repente una camarera para cambiar las sábanas, en otra ocasión alguien trajo una invita-

ción totalmente innecesaria para asistir a una fiesta absurda de la Casa de Reposo. Svetlana trataba de aprender de Brayesh el arte de hacer caso omiso a lo indeseable y desagradable, pero sin éxito. Cuando estaba sola, la ansiedad llegaba sin avisar y se adueñaba de ella sin pedir permiso. Necesitaba tener a Brayesh siempre a su lado; solo él le traía la tranquilidad anímica necesaria para seguir adelante. Pensó en los hombres que había conocido antes que el indio: Alekséi, Grisha, Yuri, Ivan Svanidze y otros... ¿los había soñado? Tal vez nunca había amado a los hombres reales sino a la idea que tenía de ellos. Y luego obligaba a los hombres reales a que se parecieran al fruto de su imaginación.

—La sombra de mi padre siempre está conmigo, no me abandona —se quejó en una ocasión a Brayesh—. Es por su culpa que nos persiguen de esta manera.

—No te lo tomes así, es el pasado. El presente es otro, tu padre no está en él. No pienses en él.

Esa ecuanimidad india a veces le resultaba irritante.

—¿Cómo no voy a pensar en él? La gente me conoce: cuando me invitan en algún programa de televisión, estoy obligada a aceptar. Y tú mismo has visto cómo en la calle y en el comedor la gente se me acerca para fotografiarse conmigo y decirme con una gran sonrisa lo extraordinario que era mi padre. A veces me apetece contestarles: «¡Mi padre era un genocida!». Pero al final no lo hago.

Brayesh le acarició el pelo:

—Para ti no era un dictador, era tu padre, Shveta. Es como con los nazis: aunque en el trabajo fueran unos salvajes, se sabe que muchos de ellos eran buenos padres de familia. ¿O me equivoco?

—Llevo toda la vida huyendo de él.

—¿Cómo?

—Desde que tenía catorce años empecé a evitarlo.

—Evitarlo cuando estaba vivo es una cosa. Pero no puedes huir de tu padre muerto, forma parte de ti.

–Pues huyo. Me cambié el apellido, antes me llamaba Stalin, ahora Allilúyeva. Como mi madre –susurró e hizo una pausa antes de seguir–. Pero no me basta. Todo el país conoce mi nuevo apellido y sabe quién soy, porque me han visto en fotos y en la televisión. Tengo la sensación de que siempre hay alguien siguiéndome.

–Te entiendo. Todos tenemos un pasado que no nos abandona.

Y Brayesh Singh empezó a relatar.

Su primera mujer, una hinduista practicante y arraigada en la tradición, llevaba ya veinte años viviendo lejos de él con sus dos hijas. Sus padres habían acordado el matrimonio, los novios casi ni se conocían antes de la boda. Al cabo de pocos años, Brayesh se separó de la familia. Durante la ocupación alemana, conoció en Viena a una mujer judía que quería huir de Austria. Se fueron a la India, donde vivieron durante dieciséis años. Luego se mudaron a Londres, donde la mujer quería dar a su hijo una buena educación inglesa. Pero Singh no pudo encontrar empleo adecuado en la capital británica, así que volvió a la India y nunca dejó de echar de menos a su hijo, que se había convertido en un fotógrafo con talento.

–Es mi pasado, que siempre está conmigo. A menudo me duele, me hace sufrir. Pero nuestro pasado, y la familia es parte de él, sigue viviendo con nosotros, fluye en nuestras venas. Es inútil intentar deshacernos de él; por más esfuerzo que desplegásemos no lo conseguiríamos.

Svetlana confió a su amigo que también ella había tenido dos maridos:

–En ambos casos me casé para poder alejarme del Kremlin y de mi padre, para ganar cierta privacidad, aunque seguían vigilándome. Mi primer marido fue Grisha Morozov, con el que me casé a los diecinueve años, cuando yo era aún estudiante. Con el segundo, Yuri Zhdánov, hijo de un estrecho colaborador de mi padre, me casé a los veintitrés años. En esa época mi padre y yo ya nos odiábamos abiertamente. Cada uno de los matrimonios duró apenas tres años.

Del primero tengo un hijo, Yósif, al que llamo Osia; del otro una hija, Yekaterina, o simplemente Katia.

—¿No te gusta hablar de tu tercer marido?

—¿Cómo lo sabes? Pero tienes razón, nunca menciono a mi tercer marido. Ivan Svanidze, con el que había jugado justo aquí, en la playa de Sochi, cuando éramos niños. Es el hijo de mi tío Aleksei Semyonovich Svanidze que mi padre hizo ejecutar. Mi tía Marusia murió de pena poco después. Nadie de la familia quiso acoger al pequeño Ivan, el miedo era más fuerte que la compasión. Al final el pequeño creció con su niñera. Más tarde tuvo problemas con la policía y acabó en la cárcel por un tiempo. Un día nos encontramos por la calle, justo el día en que Ivan iba a defender su tesis doctoral. Me fijé en que llevaba un traje viejo y gastado, pero aun así me pareció atractivo; además nos unía la infancia en Sochi. Poco después nos casamos y vivimos juntos un año y medio. Bueno, vivir juntos no sería la expresión más apropiada: Ivan se negaba a vivir conmigo en mi bonito piso moscovita que, según repetía insistentemente, me habían asignado las autoridades comunistas. No era verdad: en una carta pedí a las autoridades que me dejaran vivir en un piso de mi propia elección cuyo alquiler pagaría yo misma con los honorarios que recibía por mis traducciones. No quería disfrutar de ninguna de las ventajas que en nuestro país suele tener la nomenklatura comunista. Pero Ivan no se lo creyó. Estaba tan marcado por sus experiencias anteriores que la vida con él se me hizo insoportable.

—Ya veo que te casaste con una víctima de la represión de tu padre. Como si hubieras querido honrar a la víctima y limpiar el pecado de tu padre.

—Y en cambio con la separación hice tanto daño a Ivan que mi buena voluntad tampoco sirvió de nada.

—¿Tú no sufriste por la separación?

—Yo suelo pasar página con las separaciones muy deprisa —dijo Svetlana, nerviosa. Y añadió sin vacilar—: Será que aún no he encontrado al hombre adecuado.

–Me cuesta comprenderte, Shveta. Eres ligera como una pluma y al mismo tiempo pesas más que una piedra; deseas la soledad pero no sabes estar sola; eres buena, pero tengo la impresión que puedes llegar a ser bastante cruel –dijo Brayesh y sonriendo la amenazó con un dedo como a una niña pequeña.

10

Luego fueron a pasear por el muelle, callados. Svetlana pensaba en la historia que le había contado su amigo y también en la suya propia. Cuando llegaron al final del paseo marítimo, Svetlana se apoyó en la barandilla de piedra encima del mar. Se giró levemente y vislumbró a Brayesh detrás de ella. La miraba con unos ojos más amplios, relucientes y oscuros que de costumbre. Svetlana sabía por intuición que su amigo pensaba en todo lo que había vivido con ella, y que con su mirada, dirigida más hacia su interior que hacia fuera, la veía como una mujer extraordinariamente bella, seductora y única. Sabía que esa mujer no se le parecía y bajó la cabeza hacia la playa.

Pensó en cómo, hacía unas tres semanas, estaba sentado entre las flores otoñales del jardín botánico de Sochi, la abrazaba con delicadeza y, en ese momento, ella lo deseó con ímpetu. Su deseo de entonces se proyectó en el momento presente, allí encima del mar. Se volvió a girar para ver a su amigo que seguía con ese extraño resplandor en los ojos. Se acercó a ella, le acarició las caderas y la estrechó hacia él.

En ese instante los saludó un extraño y se dirigió a Svetlana:

–Su padre era un gran líder. Sin él nuestro país jamás volverá a ser tan fuerte e importante como antes. Pero le daré un consejo –le susurró al oído–: ¡Deshágase lo antes posible de este indio y búsquese un marido ruso!